

observación, que la presente contribución de Philip Gibbs, sólida, bien documentada, que combina el trabajo de campo con un riguroso análisis de los materiales obtenidos, figura entre los pioneros de este género y de los que, precisamente, necesitan hoy las iglesias particulares y también la universal. Es un libro de esos cuya publicación debe saludarse con muestras de gratitud.

Jean de Dieu Madangi.

*Storia delle religioni 1. Le religioni antiche* (a cura di Giovanni Filoramo), Bari, Laterza, 1994, 702 pp.

Bajo la dirección de G. Filoramo, profesor de Historia del cristianismo en la Universidad de Turín y autor de excelentes estudios sobre el gnosticismo (*Il risveglio della gnosi ovvero diventare dio*, Torino, 1990; *L'attesa della fine. Storia della gnosi*, 1993) ha comenzado a ser publicada una *Historia de las Religiones*. Dicha obra consta de cinco volúmenes: 1. *Le religioni antiche*; 2. *Ebraismo e cristianesimo*; 3. *Religioni dualiste e Islam*; 4. *Religioni dell'India e dell'Estremo Oriente*; 5. *Religioni dell'America precolombina e dei popoli indigeni*.

En este primer volumen son estudiadas las religiones de la prehistoria, de Oriente (Egipto, Mesopotamia, Anatolia, Siria y Palestina), del mundo clásico (Creta y Micenas, Grecia, Etruria y Roma), del mundo helenístico, de Irán antiguo (zoroastrismo) y de la Europa precristiana (indoeuropeos, eslavos y baltos, celtas y germanos). El hecho de que el alto nivel científico de la obra se haya alcanzado con la sola colaboración de especialistas de nacionalidad italiana (a excepción de H. Cancik), se explica, sin duda, por el envidiable arraigo y la larga tradición de estos estudios en las universidades italianas.

Prima, pues, en el planteamiento de la obra, un criterio de presentación de las antiguas religiones más de conjunto y general que monográfico. El propio Filoramo lo justifica (pp. 10-11) señalando que «*soprattutto nel caso delle religioni storiche di lungo periodo, ne salvaguardasse gli elementi di continuità e permanenza. E ciò, perché convinti che, nella situazione attuale degli studi storico-religiosi, sia più opportuno mirare, naturalmente sulla base di trattazione rigorose, a superare le barriere specialistiche, fornendo di conseguenza, là dove si è rivelato fattibile, profili d'insieme delle differenti tradizioni religiose*».

Ciertamente, aunque el planteamiento general de una obra de estas características nunca complacerá a todos, difícilmente se podrán poner serias objeciones a la particular presentación realizada por Filoramo. No obstante, se echa en falta una mayor atención a las religiones prerromanas del Occidente. En este sentido me parece especialmente notable la ausencia de las religiones itálicas que, sin embargo, cuentan con documentos iconográficos (las pinturas de Paestum) y epigráficos (las tablas iguvinas, la tabla de Agnone, las inscripciones *iúvilas*, la tabla de Rapino, etc.) de extraordinario interés desde el punto de vista histórico-religioso.

La presente historia de las religiones del mundo antiguo es bienvenida no sólo por ofrecer una nueva síntesis de los avances de los últimos años (reflejados en la bibliografía que se recoge al final de cada capítulo) sino, muy especialmente, por incorporar hallazgos y novedades documentales de interés aportados por la arqueología.

Precisamente observo en este último aspecto algunas notables deficiencias. Siguiendo las normas de la publicación, los textos orientales y clásicos (salvo rarísimas excepciones) no son citados; tan sólo se indica su referencia lo que obliga al lector a acudir a fuentes que no siempre son de fácil acceso. Pasajes del Antiguo o Nuevo Testamento, Homero y Hesíodo o Livio se localizan sin dificultades; pero tablillas cuneiformes, autores eruditos greco-latinos de finales de la Antigüedad o himnos védicos pueden ser hoy consultados sólo por un restringido grupo de estudiosos, no por un amplio público al que, en teoría va también dirigida la obra.

Pero aún más grave me parece el hecho de que nuestra otra gran fuente de conocimiento, las aportaciones de la arqueología o la documentación iconográfica, sólo son descritas, sin la ayuda de ilustraciones o figuras. Esto obliga al lector a hacer un continuo esfuerzo por imaginarse las piezas (estatuas, ex-votos) o construcciones (templos) que los distintos autores describen, lo que llega a ser fatigoso en el caso de algunas religiones orientales y también en la cretense y micénica. Es inexplicable que las únicas ilustraciones de una obra de estas características sea una docena de mapas.

La bibliografía que figura al final de cada capítulo constituye otra magnífica oportunidad para actualizar los títulos tradicionales. Pero aquí también se observan algunas lagunas, a pesar de la larga extensión de los elencos. Así, en el capítulo sobre la religión romana llama la atención la ausencia de los trabajos de F. Coarelli sobre el Foro Romano y el Foro Boario, los trabajos de H. H. Scullard y D. Sabbattuci sobre el calendario, el libro de G. J. Szemler sobre el sacerdocio republicano. Es incomprensible que autores como K. Latte, J. Gagé, H. Le Bonniec, J. Scheid o J. Champeaux —por citar sólo algunos— sean igualmente omitidos de un catálogo bibliográfico que supera el centenar de títulos.

Santiago Montero

HERRANZ PASCUAL, CARMEN, *Los Sabios del Talmud*, ed. Riopiedras, Barcelona, 1997, 205 pp.

¿A quién se refiere la obra?, ¿quiénes son esos *Sabios del Talmud*? Abraham ibn Daud (siglo XII) en su *Sefer ha-Qabbalah*, (trad. de D. Ferre, ed. Riopiedras, Biblioteca Nueva Sefarad, vol. XIV), nos presenta a los Sabios de la Mišná y del Talmud como los últimos encargados de estudiar, salvaguardar y transmitir a sus discípulos la Ley Oral que Dios había entregado a Moisés en el Sinai junto a la Ley Escrita y los pone en relación con los Profetas bíblicos.

Dice allí: «los sabios del Talmud... no dijeron nada de su propia invención... excepto las correcciones que hicieron con el respaldo de todos con el fin de construir una valla a la Torah... nunca estuvieron divididos en lo fundamental de cada mandamiento, sólo en su desarrollo». Su protagonismo fue, por tanto, crucial en la historia del judaísmo: fueron los responsables de que una de las partes fundamentales de la esencia religioso-vital del pueblo siguiera manteniéndose a pesar de los avatares.

Como ocurre con los grandes personajes de todos los tiempos, su relevancia fue tal, que pasaron a convertirse en punto de referencia para el pueblo, que siempre gusta de conocer sus anécdotas y vivencias. También fue inevitable que se vieran rodeados de un halo de misterio que facilitó que surgieran en torno a su persona historias casi legendarias. Todo este material, pese a todo, poco abundante, se recoge en la literatura